



Personería
de Bogotá, D. C.

Colmenita y la educación



Cuentos sobre los deberes y derechos ciudadanos



Personería

de Bogotá, D. C.

Contenido

Las cacatúas parlanchinas: la libre expresión	11
Colmenita y la amistad	19
Nubecita y el tesoro del agua	25
Colmenita y la educación	33
Erik y la salud	39
Colmenita y la justicia	43
Tobito y la cultura	49
Colmenita y el ambiente	57
Colmenita y la participación ciudadana	67
Colmenita y el respeto ciudadano	75
Colmenita y la solidaridad ciudadana	81
La colmena y la conciliación	87

Andrés Castro Franco
Personero Distrital de Bogotá, D. C.

Gloria Inés Bohórquez Torres
Personera Auxiliar

Andrea Linares Gómez
Jefe Oficina Asesora de Comunicaciones

Alfonso Peña
Autor

Diseño y Diagramación
Oficina Asesora de Comunicaciones

2024

Colmenita y la educación
Cuentos sobre deberes y derechos ciudadanos

© Personería de Bogotá, D. C.
Carrera 7 # 21-24
(601) 3820450

www.personeriabogota.gov.co

Primera edición: octubre de 2024
© Alfonso Peña, 2024

Foto portada: Chat GPT
Imágenes: Chat GPT
Diseño: Oficina Asesora de Comunicaciones

ISBN 978-958-8088-73-0

Todos los derechos reservados, bajo las sanciones establecidas por la ley queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, ya sea electrónico o mecánico sin el permiso del autor.

Presentación



Los valores son de todos y para todos

Los valores ciudadanos son fundamentales para guiar la conducta de las personas dentro de una sociedad, dado que nos permiten vivir en armonía y paz. Además, son cruciales para fomentar la convivencia pacífica, la cooperación, el respeto mutuo, la solidaridad y el apoyo.

Al promoverlos y practicarlos, cada individuo contribuye a mejorar su entorno y a fomentar un ambiente de respeto y colaboración en comunidad. La educación en valores es clave para formar seres humanos comprometidos y responsables que trabajen por el bienestar común.

Por eso, en la Personería de Bogotá, conscientes del rol de cada ciudadano y ciudadana en la

construcción de una sociedad más justa, equitativa y solidaria, nos hemos comprometido con todas y todos los habitantes de Bogotá a ser más resolutivos, oportunos y humanos, teniendo como columna vertebral la promoción de los valores ciudadanos y la defensa y garantía de los derechos humanos.

Esta recopilación de escritos es un granito de arena en el propósito de crear conciencia, desde temprana edad, sobre la importancia de los valores ciudadanos.

Bienvenidos a la lectura de estos cuentos que, de seguro, les ayudarán a entender esos valores ciudadanos que tanto necesitamos y que nos marcan para toda la vida.

Andrés Castro Franco
Personero de Bogotá, D. C.



Dejo aquí estos cuentos que hablan del quehacer del ciudadano. Seguramente serán de mucha utilidad. En buena hora han llegado a tus manos, que haya gracia en ti.

Gracias a Dios, porque Él es y yo soy en Él.

Agradecimientos a mi gran amigo, el periodista y escritor Yeiver Rivera, por su valioso aporte. Un gran ser humano.

Alfonso Peña.

Alfonso Peña, colombiano de nacimiento, es Comunicador Social egresado de la Universidad Nacional Abierta y a Distancia (UNAD), es especialista en Creaciones Narrativas por la Universidad Central de Colombia. Peña se ha destacado tanto en el ámbito periodístico como en su labor como cronista.

En el ámbito literario, ha escrito obras como *Un personaje macabro* (2017) y *El tenebroso fantasma de Dave* (2024).

Las cacatúas parlanchinas: la libre expresión



En lo alto de un rascacielos del centro de la ciudad vivían dos cacatúas mellizas: Clara y Sonia, famosas por ser las más ruidosas y descaradas.

Sus plumas brillaban al sol y su ingenio era tan agudo como sus picos. Durante un tiempo, habitaron en los aleros de un convento, gracias a la madre superiora que, por pura compasión, les dio refugio. Sin embargo, su afán por imitar voces las llevó a parodiar a la superiora, causando caos entre las monjas.

—¡Cambio de horario de rezos! —gritaban, confundiendo a todas. Fue tal el escándalo, que la madre superiora tuvo que echarlas.

Pero esto no detuvo a Clara y Sonia, quienes se convirtieron en las voceras del barrio, anunciando historias sensacionales, ciertas e inventadas. Si un ladrón escapaba o un comerciante discutía con clientes, ahí estaban ellas para amplificar y exagerar la historia.





Un día, mientras sobrevolaban un parque, comenzaron a imitar la voz de un vendedor de cachivaches que ofertaba productos a mitad de precio.

Los transeúntes, sorprendidos por la “noticia”, comenzaron a divulgarla y, en cuestión de horas, la ciudad estaba en revuelo.

La policía intervino y arrestó a un hombre desprevenido que descansaba en una banca, acusándolo de difundir injurias.

—¡No fui yo, fueron esas cacatúas! —gritaba el pobre hombre mientras lo esposaban. Pero nadie le creyó. Clara y Sonia, lejos de defenderlo, se ocultaron en lo alto de un edificio, continuando su espectáculo como si nada hubiera pasado.



Para ellas, todo era una broma; no comprendían el daño que sus palabras causaban.

La noticia llegó al convento, y la madre superiora, indignada, decidió darles una lección.

Se dirigió a la plaza, acompañada de sus monjas que rezaban por la paz. Las cacatúas se burlaban al verla, pero la madre superiora, firme y serena, les dijo:

—Clara y Sonia, la libre expresión es un derecho, pero también un deber. Cuando usan sus palabras para causar daño y confusión, olvidan su responsabilidad. Algún día, sus palabras se volverán contra ustedes. Como si fuera una señal divina, apareció un loro de frente naranja y rayas negras. Con una mirada severa y cansado de las travesuras de Clara y Sonia, decidió enseñarles el verdadero significado de la libertad de expresión.

Hizo que rectificaran todas las mentiras difundidas, obligándolas a disculparse y aclarar los rumores falsos. Aunque molestas, las cacatúas comenzaron a darse cuenta del alcance de sus palabras y el daño que podían causar si no se usaban con cuidado.

Sin embargo, la historia no termina ahí. Días después, llegó un loro albino, amante de la lectura y de la filosofía, que escuchó hablar de las cacatúas y decidió instruir las. Con voz calmada, les explicó:

—La libertad de expresión no es solo decir lo que se quiere; es hacerlo con responsabilidad. Las palabras tienen peso y pueden cambiar el curso de los acontecimientos. Se debe informar con verdad y rectificar si se comete un error.



Clara y Sonia, después de escuchar al loro albino, comprendieron que ellas habían malinterpretado la libertad de expresión. Dejaron de inventar historias y comenzaron a usar su voz para compartir noticias útiles y veraces, ganándose el respeto y la admiración de todos.

Desde entonces, vivieron la verdadera libertad de expresión: con responsabilidad y respeto por los demás.



Colmenita y la amistad



¡Un, dos! ¡Un, dos! El sonido de los zumbidos llenaba el jardín de la escuela, acompañado del aleteo incansable de las abejas.

Era una mañana calurosa, y el sol, con sus rayos dorados, ya comenzaba a agotar a las pequeñas trabajadoras. Sin embargo, ellas, con sus mochilas repletas de polen, marchaban en fila, firmes y disciplinadas como siempre.

Era miércoles y todas sabían que ese día había que cumplir con la costumbre: volar en formación y recoger el polen para la colmena.

—¡Vaya, vaya! ¡Qué disciplinadas están! —gritó un gallinazo burlón, sobrevolando el lugar con sus enormes alas negras.

El ave siempre merodeaba por allí, husmeando a las colmenas, y aprovechaba cualquier oportunidad para mofarse de las pequeñas abejas y sus incansables ejercicios. Las abejas, por su parte, no veían con buenos ojos a aquel intruso entrometido y menos aún soportaban sus bromas pesadas.





—¡Propongo que declaremos la guerra al gallinazo y lo hagamos huir! —dijo una de las abejas, agitando sus alas con indignación.

Justo en ese momento, Colmenita, la abeja más sabia y dulce de la colmena, llegó al lugar donde todas discutían qué hacer con el intruso. Escuchó con atención cada una de las propuestas, y con una sonrisa serena, pidió la palabra:

—La felicidad —dijo con voz suave— es lo que hace que nuestras vidas brillen. Y si queremos más alegría, debemos apostar por la amistad. Yo propongo que invitemos al gallinazo a bajar y le pidamos que nos cuente sobre su vida. Si somos comprensivas y amables, tal vez podamos hacer un nuevo amigo.



Las abejas, sorprendidas al principio, empezaron a aplaudir con entusiasmo.

—¡Sí, sí! —respondieron en coro, batiendo sus alitas llenas de alegría.

Al escuchar la invitación, el gallinazo descendió rápidamente y se posó sobre una rama cercana. Con una voz grave, pero conmovido por el gesto de las abejas, se presentó:

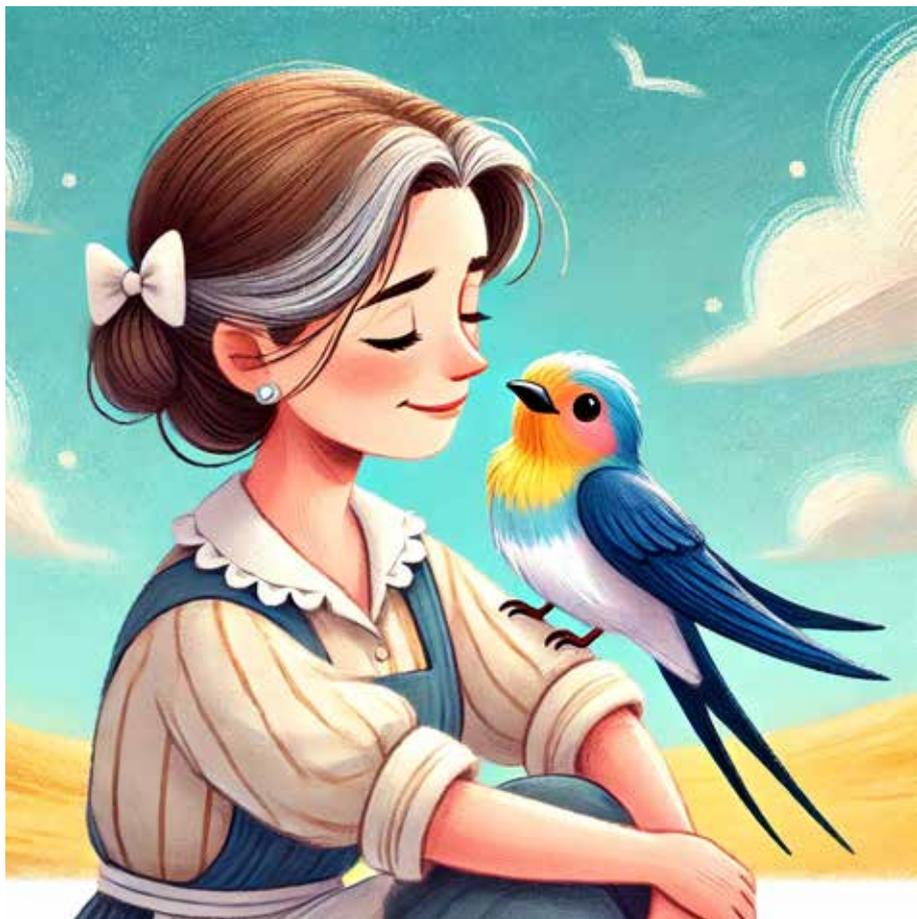
—Soy solo un pobre gallinazo —dijo— que vuela por el mundo buscando amigos. Me haría muy feliz que me aceptaran. Prometo cuidar de ustedes y de su colmena con todo mi corazón.

Las abejas, tocadas por la sinceridad del gallinazo, se miraron unas a otras y, al unísono, acordaron aceptarlo como su amigo. Desde entonces, la alegría reina en la colmena, donde abejas y gallinazo comparten su amistad y disfrutan juntos de cada rayo de sol.

Y así, entre zumbidos y aleteos, aprendieron que la verdadera amistad es la que hace florecer el corazón.



Nubecita y el tesoro del agua



Era un día caluroso en la ciudad y una bandada de golondrinas vagabundas revoloteaba sobre el techo de una casa.

Las paredes, bañadas por el sol, reflejaban la silueta de una mujer que, con tristeza, observaba el cielo. Veía cómo las nubes viajaban lentamente hasta desaparecer en el horizonte. Hacía mucho tiempo que no llovía y la preocupación llenaba su corazón.

La mujer había escuchado en la radio que la sequía estaba causando muchos problemas. Los campos estaban secos, los animales morían de sed y la producción de alimentos se estaba viendo afectada.

Los ríos, que antes corrían llenos de vida, ahora se estaban secando, y las plantas comenzaban a marchitarse. Parecía que el agua, ese tesoro tan preciado, se estaba escapando.





De repente, una pequeña golondrina de plumaje brillante, llamada Nubecita, descendió desde el cielo y se posó junto a la mujer. Al ver su tristeza, preguntó con voz suave y dulce:

—Querida mujer, hace rato que te veo sentada aquí con el rostro afligido. ¿Qué te ocurre? ¿Por qué hay lágrimas en tus ojos?

La mujer suspiró profundamente y le explicó a Nubecita lo que la preocupaba:

—Hace tiempo que no llueve y temo que, sin agua, las plantas, los animales y todos los seres vivos sufrirán.



He escuchado que los cambios en el clima están causando muchos problemas. Sin lluvia, los ríos se están secando, y no hay suficiente agua para alimentarnos ni para que la naturaleza prospere. ¿Podrías tú, pequeña golondrina, llamar a la lluvia para que vuelva y nos ayude?

Nubecita revoloteó con gracia y se posó suavemente sobre el hombro de la mujer. Con voz suave pero decidida, dijo: —Podría intentar llamar a la lluvia, pero no creo que me escuche —dijo —. Las nubes se han ido y no volverán pronto; el sol las ha echado del cielo. Sin embargo, puedo enseñarte cómo cuidar el agua que tenemos para que no nos falte.

La mujer la miró con atención, y Nubecita comenzó a explicar:

—Para cuidar el agua debemos hacer pequeñas cosas cada día. Es importante mantener limpios los ríos y no contaminarlos con basura, pesticidas, o aceites. Si protegemos los ríos, el agua fluirá limpia y pura para todos.

La mujer asintió, comprendiendo cada palabra. Nubecita continuó:

—También es importante no desperdiciar el agua en casa. Cuando nos duchamos, debemos cerrar el grifo mientras nos enjabonamos y no dejarla correr sin necesidad.



Al cepillarnos los dientes, hay que usar solo la cantidad de agua necesaria. ¡Y no olvides reciclar! El agua de la lavadora puede ser reutilizada para limpiar el suelo o regar las plantas.

La mujer sonrió, aliviada por los consejos de Nubecita. Ahora sabía que, aunque no pudiera llamar a la lluvia, sí podía hacer muchas cosas para cuidar el agua que aún les quedaba. Y así, la mujer y Nubecita se pusieron manos a la obra. Limpiaron el jardín, cuidaron las plantas y compartieron estos consejos con los vecinos de la ciudad.

Día tras día, todos se unieron para ahorrar agua. Tapaban las fugas de los grifos, reutilizaban el agua para diferentes tareas y cuidaban de los ríos y lagos cercanos.





Y aunque la lluvia tardó un poco en volver, el agua que quedaba en la ciudad fue suficiente para mantener la vida en el jardín y para que la gente pudiera vivir feliz y tranquila.

Gracias a Nubecita y a la mujer, la ciudad aprendió que el agua es un tesoro que debemos cuidar, gota a gota, para que nunca nos falte. Y así, con sus corazones llenos de gratitud y esperanza, la gente continuó cuidando del agua y de la hermosa naturaleza que los rodeaba.

Colmenita y la educación



Cuando todos los oficios en la granja terminaron, el viejo colmenero tomó el bote lleno de miel y, como de costumbre, lo guardó en un lugar seguro del rancho.

Esa noche, Jacinto pidió a su mujer un trozo de pan que acompañó con una taza de café. Luego de cenar, ambos se retiraron a descansar.

El colmenero se quedó dormido de inmediato, y el sueño se apoderó de él. En su sueño, se veía esclavizando a las abejas del seto para que solo produjeran miel.

—¡Seré millonario! —se repetía una y otra vez, mientras calculaba cuántas botellas producían las abejas. Junto a su esposa, contaba dinero hasta que llegaba un nuevo día.





Pero las abejas, agotadas por el maltrato y preocupadas por el mal estado de las colmenas y el frío que sufrían las pequeñas ninfas, decidieron reunirse para encontrar soluciones que mejoraran sus condiciones de vida. No podían seguir siendo esclavas del trabajo. Querían ser alguien en el mundo de los insectos.

Una abeja solitaria, que se había perdido de otro apiario y se unió a la colmena, propuso un encuentro para debatir la situación y hallar una solución al trato extremo de Jacinto y su esposa. Decidieron reunirse el domingo en el jardín de la granja, aprovechando que Jacinto iría al pueblo a comprar víveres.



Cuando llegó el día, las abejas comenzaron a reunirse. Muchas se posaron en girasoles, otras en rosas rojas, y algunas en majestuosos claveles. Fue entonces cuando se planteó la importancia de la educación como medio para liberarse de la esclavitud de Jacinto.

Colmenita, una joven y hermosa abeja, tomó la palabra y propuso que, si querían ser alguien en la colmena, debían estudiar. Necesitaban abejas que supieran de contabilidad, que aprendieran a escribir para comunicarse con los humanos, que enseñaran a volar con habilidad y desarrollar destrezas físicas, e incluso que se comunicaran en otros idiomas para mejorar la comercialización de la miel si decidían independizarse.

La reina, que escuchaba con interés, intervino:

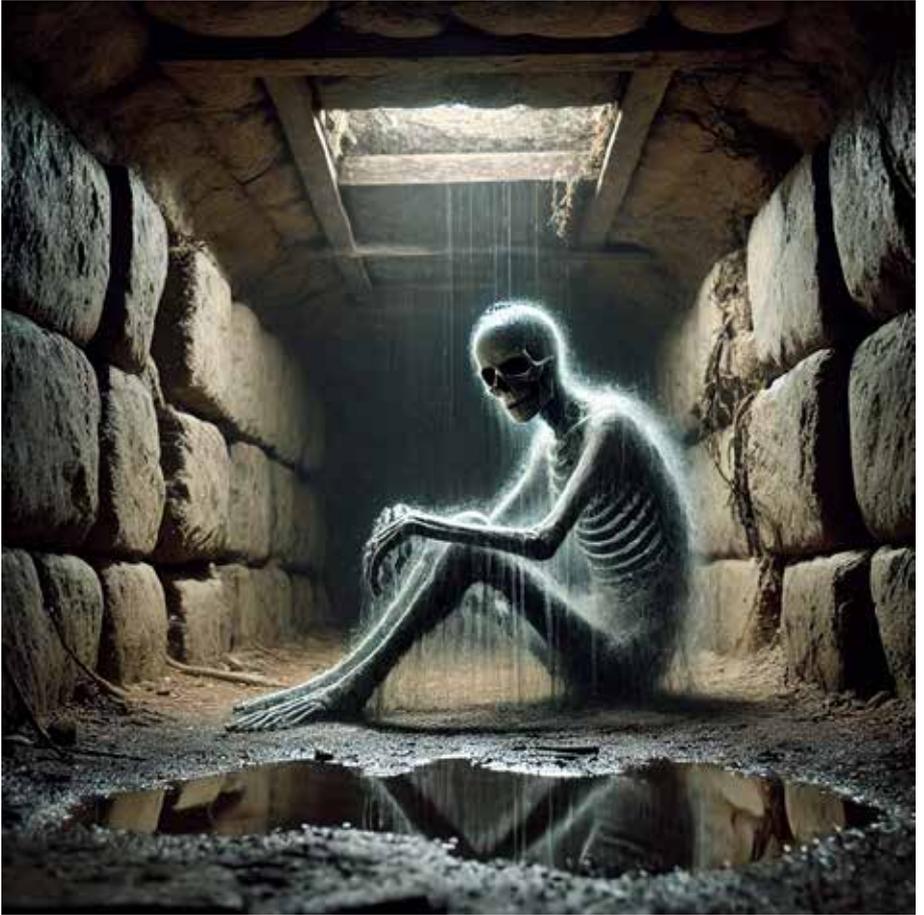
—He oído a los humanos decir que la educación es un derecho. Ellos tienen acceso al conocimiento, a la ciencia y a los valores culturales.

Escuché que la educación es un derecho de todos y un servicio público con función social; que busca el acceso al conocimiento, a la ciencia, a la técnica y a los valores culturales. Forma a los ciudadanos en el respeto por los derechos humanos, la paz, la democracia, el trabajo, la recreación y la protección del ambiente.

Desde entonces, todas las abejas de la colmena entendieron que la educación es, verdaderamente, un derecho ciudadano y una alternativa para acabar con la tiranía.



Erik y la salud



Soy Erik y creí que cuidar de mi salud era solo un asunto de mamá. Nunca consideré importantes las recomendaciones de mi médico; la salud de los demás, para mí, no era relevante. “Es problema de ellos”, decía. Fumar,

beber alcohol y consumir estupefacientes era 'heavy'.

Hacer ejercicio no era lo mío, nunca cuidé mis dientes y no me preocupé por mantener una dieta saludable. Pude haber ayudado a mi padre a controlar su hipertensión, pero simplemente no lo hice.

Hoy, lamento profundamente todo lo que pude haber hecho y no hice. Vivo en un desolado cementerio, a las afueras de la ciudad. Una de mis costillas está rota, y cada día noto cómo mi cuerpo se descompone un poco más. Perdí mi dedo meñique durante un recorrido por el cementerio. Un amigo que vive en una bóveda cercana me prometió salir a buscarlo; tal vez lo encuentre entre las tumbas.





¡Ahhh! Si hubiera cuidado mi salud, no estaría ahora aquí, solo y olvidado en este lugar. Mis huesos crujen cuando me muevo y un frío que cala hasta el alma invade mi tumba. ¡Cuánto daría por un solo día de salud, por sentirme vivo y lleno de energía una vez más!

Ahora tengo que volver. La lluvia está filtrando por una grieta y amenaza con inundar mi tumba. Tendré que tapparla si quiero dormir en paz esta noche. Y mientras lo hago, me pregunto cómo habría sido mi vida si hubiera escuchado esos consejos de mamá, del médico, y si hubiera cuidado de mí mismo.

Si alguna vez piensas que cuidar tu salud no importa, recuerda mi historia... porque no quieres acabar en un lugar como este, lamentando lo que pudo haber sido y no fue.

Colmenita y la justicia



Cierto día, Colmenita, una joven y curiosa abejita llegó al aula de clases, como de costumbre. Sin embargo, esa mañana algo distinto rondaba en su cabecita.

Cada vez que se posaba sobre una flor, en busca de néctar, una pregunta volvía una y otra vez a su mente: ¿cómo podría ser justa con los demás miembros de la colmena? Y, más importante, ¿cómo podría poner esa justicia en práctica?

En el colegio, sus compañeros siempre hablaban de que era muy importante actuar de manera justa y coherente al momento de tomar decisiones. Pero Colmenita se encontraba con un pequeño problema: sabía que ser justa era bueno, pero ¿cómo poner límites a esas acciones dentro del aula, donde tanto los docentes como los miembros de la colmena estaban comprometidos?





Un día, después de pensarlo mucho, Colmenita decidió hablar con uno de los docentes del panal. Juntos, organizaron una gran reunión con los miembros del colegio, desde las abejitas más pequeñas hasta las adolescentes.

En la reunión llegaron a una conclusión importante: la clave para actuar justamente era la confianza. Solo si confiaban unos en otros podrían construir una colmena más justa y equilibrada.

Pero no fue fácil. Tuvieron que explorar varias alternativas. Algunos decían que la justicia era ser equitativo, otros que era ser amables entre sí, pero todos coincidían en que era necesario trabajar juntos. ¡No había una solución mágica!



Finalmente, después de días de reflexiones y debates, lograron ponerse de acuerdo. Decidieron que lo más importante era actuar con dignidad, respetándose mutuamente. Además, acordaron que la solidaridad debía ser el valor principal que los guiara. Al trabajar juntos por el bien común, toda la colmena crecería fuerte y unida.

Desde ese momento, la colmena vivió en armonía. Colmenita aprendió que ser justa no solo significaba seguir reglas, sino también ayudar a los demás y ser solidaria.

Tobito y la cultura



No voy a pedirles a los lectores que den crédito a este diálogo entre animales, porque es claro que la comunicación entre cualquier especie se realiza mediante expresiones visuales, químicas

o auditivas. Sin embargo, fui testigo de un reencuentro entre Max, un perro de raza criolla que vive en la ciudad, y Tobito, un peludito de raza sabueso tinajero, que desde su nacimiento mora en las montañas colombianas.

Los hechos ocurrieron en una terminal de transportes y estuve allí. Fue un día antes de celebrarse el cónclave anual de perros del mundo en el que se discutiría la importancia de conservar la cultura en la especie. Así fue:

—¡Vaya, vaya, mi querido Tobito! —dijo Max, mientras agitaba su cola con entusiasmo—. ¡Bienvenido! Me alegra verte de nuevo en la ciudad.





—¡Max! —gritó exaltado Tobito, lleno de alegría. Sus orejitas se pararon y, con un saltito, fue a estrellarse contra su viejo amigo. Luego, sus hocicos se juntaron y empezaron a hablar de sus vidas perrunas.

Max era un perro nacido en la ciudad, en el seno de una familia adinerada. Estaba acostumbrado al ruido de los motores, al sonido agudo de los pitos de los carros, a caminar sobre el asfalto, al estruendo de la música de los roqueros y no molestaba a los peatones, a menos que fuera necesario. Y cuando lo hacía, solo era por sospecha.

En cambio, Tobito había descubierto el mundo entre arbustos y pastizales. Aprendió a dar sus prime-



ros pasos escapándose de una caja de cartón donde su madre había dado a luz. Desde muy cachorro, se dedicó a corretear gallinazos, jabalíes y capibaras.

Tobito había crecido bajo la guía de sus amos, unos campesinos que, durante años, cultivaron la tierra y siempre llevaban a nuestro amigo perrruno a sus labores diarias.

Después de un buen rato de olfatearse, decidieron ir a un parque. Allí, en medio de un banquete de huesos, aprovecharon el tiempo para acordar algunos puntos que se discutirían en el cónclave mundial de perros sobre la cultura.

—Mi gran amigo —dijo Max—, tu participación será muy importante en este encuentro porque tendremos la oportunidad de rescatar nuestra identidad cultural. Debemos preservar y promover la diversidad cultural. Nuestras vidas perrunas están conectadas con un pasado lleno de tradiciones y conocimientos ancestrales, y eso es parte de nuestra identidad.

—Estoy de acuerdo, Max —respondió Tobito—. Trabajemos en ese propósito. Hablas con sabiduría, de acuerdo a la ley.



—Ya que estamos de acuerdo —continuó Max—, pondremos que se respete y promueva la diversidad étnica y cultural. Pediremos que se proteja el patrimonio cultural, que se respete y apoye el uso de las lenguas de nuestros indígenas, que tengamos acceso igualitario a la cultura en todas sus manifestaciones y, algo muy importante, que haya una educación que fomente el respeto y la promoción de los valores culturales, étnicos y tradicionales.

—Perfectamente, Max —dijo Tobito—. Gracias a estos deberes que mencionas acertadamente, podemos salvar nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro.





—Así es, mi querido Tobito
—replicó Max.

Al día siguiente, durante el cónclave perruno, Tobito salió exitoso, pues en el encuentro respaldaron cada uno de los puntos que había acordado con Max.

Desde entonces, la comunidad perruna vive feliz tanto en las ciudades como en los campos. La única diferencia entre los perros se establece en sus razas, pero no en sus derechos.

Colmenita y el ambiente



El rocío de la mañana humedecía los jardines de la ciudad. Las plantas despertaban, aún adormecidas, mientras el viento corría desenfrenado por las calles, arrastrando restos de basura que el ser humano había dejado atrás.

Los ríos, que atravesaban la ciudad, se desbordaban dejando a su paso desechos contaminantes, y un cuerpo de agua lloraba amargamente por el daño causado.

Un árbol de Acacia se estremecía como si temblara, sintiendo el frío por las ramas que le habían cortado. Mientras tanto, una comunidad de bacterias organizaba un caótico carnaval, con los humanos como invitados especiales, bailando entre virus y contaminación.

Allí estaban las abejas. Revoloteando, zumbando, con aterrizajes fallidos sobre las pocas flores que quedaban.





Era el mes de agosto, y la contaminación ambiental había arrasado con los jardines, dejando a la comunidad de abejas al borde de la desaparición. La situación era grave, pero nadie parecía preocuparse por estos pequeños seres vivientes.

Colmenita, una joven abeja valiente y decidida, volaba rápidamente hacia la ciudad. Su misión era clara: encontrar ayuda para salvar a sus hermanas abejas, atrapadas en un apiario en malas condiciones.

Mientras volaba, Colmenita enfrentaba enormes retos: el humo de los autos y la basura acumulada le dificultaban el vuelo, y la falta de flores hacía difícil encontrar un lugar



para descansar. Además, el viento soplaba con fuerza, empujándola en diferentes direcciones. Por momentos, la pequeña abeja dudaba si podría llegar a tiempo, pero su amor por su comunidad la mantenía en el aire.

Cuando finalmente llegó al apiario, la escena era desoladora. Las abejas estaban débiles apenas podían volar, y muchas de ellas tenían las alas dañadas por la contaminación.

—No puedo dejarlas aquí—, pensó Colmenita con firmeza. Entonces, recordó a un amigo especial: el gallinazo que había sido aceptado en su colmena. —Él puede ayudarnos —, dijo esperanzada, y emprendió el vuelo de regreso para encontrarlo.

Personalidades y trabajo en equipo

De vuelta en la colmena, Colmenita reunió a sus amigos. La primera en escucharla fue Nika, la hormiga pequeña y organizada, que siempre tenía una solución a mano.

—Podemos construir pequeñas camillas de hojas para trasladar a las abejas más débiles—, giró Nika, moviendo sus antenas con entusiasmo.

—Yo puedo ayudar a encontrar esas hojas—, agregó Rani, la mariposa de colores brillantes, quien siempre tenía una actitud positiva, pero solía distraerse fácilmente con cualquier flor nueva.



El escarabajo fuerte y protector, era un poco tímido, pero siempre dispuesto a colaborar.

— Yo podría ser quien guíe el vuelo de vuelta con el gallinazo. Es importante que se mantenga en el camino correcto, ya que, con las abejas débiles en sus alas, cualquier desviación podría ser peligrosa—, propuso, y sus compañeros estuvieron de acuerdo.

Con todos trabajando juntos, el plan se puso en marcha. Pío voló rápidamente para encontrar al gallinazo, quien aceptó ayudar sin dudar. Las abejas trabajaron duro, recogiendo hojas y cuidando a sus compañeras más débiles, mientras Nika organizaba a cada insecto en grupos, asegurándose de que todos supieran sus responsabilidades.





Rescate y renacimiento

Con gran esfuerzo, lograron trasladar a las abejas hasta la granja de la gran colmena, en las alas del gallinazo. Allí, al fin, las abejas pudieron recuperar fuerzas, rodeadas de flores frescas y aire limpio. Poco a poco, la comunidad de insectos comenzó a sanar, y Colmenita aprendió la importancia de trabajar en equipo y cuidar del medio ambiente para el bienestar de todos.

Un cambio en la ciudad

Mientras tanto, en la ciudad, otros cambios estaban ocurriendo. En los hospitales, los médicos seguían luchando por la vida de niños y ancianos afectados por las enfermedades causadas por la contaminación.



Los habitantes comenzaron a limpiar los ríos y cuerpos de agua, trabajando juntos para rescatarlos del daño que les habían causado. El carnaval de bacterias fue apagándose poco a poco, ya que los humanos entendieron que debían tomar acción para proteger su entorno.

Los cachorros Terrier, que habían quedado huérfanos en las calles, lograron sobrevivir gracias a la ayuda de algunas personas compasivas. Aunque uno de ellos quedó ciego debido a la contaminación en la comida que habían comido, encontraron un nuevo hogar donde fueron cuidados con amor.

Una lección aprendida

Meses después, los habitantes de la ciudad de cemento comprendieron la importancia de cuidar el medio ambiente.

Aprendieron a tratar bien a las plantas, los ríos y todos los cuerpos de agua. Nunca más dejaron basura tirada en las calles, y los parques se convirtieron en lugares de descanso, belleza y juego.

Y, finalmente, las abejas que Colmenita había rescatado volvieron a los jardines de la ciudad, gracias al vuelo en las alas del gallinazo.

Desde entonces, la ciudad entendió que cuidar el planeta era un deber de todos, y un privilegio para todas las criaturas que lo habitan. Y así, entre zumbidos, aleteos y sonrisas, aprendieron que, con esfuerzo, solidaridad y amor por la naturaleza, se puede hacer florecer hasta el jardín más olvidado.



Colmenita y la participación ciudadana



No hacía mucho tiempo que Colmenita había logrado con éxito que docentes, estudiantes y padres de familia se pusieran de acuerdo sobre cómo poner en práctica el valor social de la justicia en la comunidad educativa.

Una mañana de marzo, nuestra protagonista, aprovechando unos minutos de receso, se cruzó con un grupo de abejas que acababan de terminar su clase de educación física. Colmenita se detuvo y las invitó al jardín a disfrutar del polen de unas hermosas margaritas que estaban en su máximo esplendor.

Al llegar se encontró con Susi, una pequeña abeja que no hacía mucho había abandonado el enjambre. Al verla, Susi se alegró y batió sus diminutas alas mientras decía:





—Colmenita, tú que todo lo sabes, háblame sobre el valor social de la participación en la escuela. A todos en la colmena nos ayudaría mucho para mejorar nuestras tareas y ser mucho más eficientes.

—¡Oh, por supuesto! Me hace muy feliz que te detengas a preguntar por algo tan importante en nuestra colonia —respondió Colmenita con una gran sonrisa.

Colmenita disminuyó la velocidad de su vuelo, sus alas se movieron un poco más despacio y sus patitas se estiraron como los trenes de aterrizaje de un avión hasta posarse suavemente sobre un pétalo de flor. Y luego dijo:



—La participación es la unión de muchas ideas y eso es lo que hace fuerte a la escuela. Para lograrlo, se necesita la ayuda de la comunidad estudiantil, que está formada por padres de familia, representantes de la asociación de padres, maestros, directivos y, por supuesto, los estudiantes de la institución.

—¿O sea que yo también puedo contribuir para que haya más participación?
—preguntó la abejita más pequeña de la colmena.

—Claro —respondió Colmenita, mientras el aire tibio de la mañana movía suavemente la ramita de la margarita donde estaban posadas.

Justo cuando iba a empezar a explicar la importancia de la participación, otras abejitas se sumaron al grupo para escuchar. Colmenita sonrió y dijo:

—Bien, ya que estamos varias aquí reunidas, les diré que la participación es muy importante en nuestra formación académica. Si nuestros padres, los docentes, las autoridades educativas y nosotros mismos participamos en reuniones sobre el aprendizaje, tendremos una educación de calidad. Así, entre todos, podemos construir estrategias que nos permitan tomar decisiones dentro de nuestra bella institución.

—¡Bravo, bravo, Colmenita! — exclamó un colibrí que escuchaba a escondidas desde una rama de girasol florecido.



El colibrí continuó haciendo movimientos acrobáticos en el aire y, en un abrir y cerrar de alas, se perdió en el horizonte. Las abejas regresaron a su panal y Colmenita se sintió muy feliz de haber ayudado a que, desde ese momento, la participación escolar fuera tomada en cuenta para el bien de todos.



Colmenita y el respeto ciudadano



El rocío de la mañana había humedecido las flores del jardín. Una rosa despertaba lentamente del letargo de la noche. El cielo era un espacio colmado de abejas que, como aviones enloquecidos, hacían toda clase de piruetas para

llevar el polen a los chiquillos que, recién nacidos, zumbaban sus agujones en señal de proteínas para sus vidas.

Todos, absolutamente todos, eran cuidadosos en sus quehaceres. En el lugar se respiraba un ambiente de respeto.

Juanito, un joven abejorro de tan solo dos días de nacido, seguía a su madre durante un sobrevuelo de reconocimiento del nuevo mundo.

Desde lo alto, Juanito observó a dos congéneres suyos que, recostados sobre un pétalo de girasol, discutían. En una maniobra sin precedentes, Juanito, el joven abejorro, giró hábilmente y, como un misil, se dirigió hacia donde estaban las abejas discutiendo.





—¿Qué ocurre? ¿Por qué discuten? —preguntó asombrado.

Era un escenario hostil. Con zumbidos altisonantes y rostros malhumorados, las palabras iban y venían. En ese instante, Colmenita, que pasaba por el lugar, se detuvo y puso orden en la discusión.

—Un momento —dijo Colmenita—. Es importante que las diferencias de opiniones se discutan con respeto —sentenció.

Ante el llamado de atención de la líder, Juanito y las contendientes guardaron silencio y prestaron atención a Colmenita.



Esta ha sido —dijo— una colmena pacífica y muy trabajadora. Las diferencias en cuanto a opiniones y trabajos siempre las hemos resuelto mediante el diálogo y con respeto.

Es importante ser tolerantes y, para ello, es fundamental hacer uso de buenos modales. Los malentendidos se pueden resolver mediante el diálogo, sin señalar.

El respeto ha sido fundamental en esta colmena; los gritos y los malos entendidos no resuelven nada.

Comencemos por respetar las ideas ajenas, aunque no las compartamos. Ahora bien, los invito a que pongamos un rostro amable y dulce, como los panales de nuestra colmena, y sigamos adelante.

Las palabras de Colmenita y su oportuna presencia permitieron resolver las diferencias entre todos. Habían aprendido una nueva lección: el poder del respeto.



Colmenita y la solidaridad ciudadana



—El jardín está deshecho. Las flores se están marchitando y es necesario regarlas, de lo contrario morirán y con ellas nuestro alimento —exclamó Colmenita, tras pasear por los prados de la escuela.

Aunque en la colmena era costumbre regar el jardín una vez por semana, muchos de los estudiantes de la institución habían dejado de hacerlo como parte de sus responsabilidades sociales. La solidaridad se estaba esfumando.

Colmenita, preocupada por lo que podría pasar si no se regaban las plantas pronto, convocó a una reunión de la comunidad de las abejas para tratar el asunto.

—Compañeros —dijo—, el jardín que nos provee de alimento se está muriendo. Las flores ya no están produciendo el polen que necesitamos para sobrevivir. Debemos actuar rápido y ser solidarios en este preciso momento.





Sabía que tenía que poner en marcha una estrategia para salvar las flores del jardín, que no solo embellecían la institución educativa, sino que eran fuente de alimento para la colmena.

—Nuestras flores —dijo— requieren nuestra ayuda. Se están marchitando y muchas de ellas están fatigadas, por eso se ven tan afligidas.

Una abejita, de ojos verdes, alas rosadas y cuerpo escultural, que se había posado sobre una pequeña rama de un árbol de durazno, pidió ser escuchada y dijo:



—El agua, como bien sabéis, es muy importante para la vida de los vegetales. No es posible vivir sin ella. El agua las fortalece, los tallos de las plantas crecen robustos y así producen el alimento que necesitamos. Por eso invito a los miembros de la colmena a unir fuerzas y ser solidarios en este propósito común de salvar nuestras plantas.

Colmenita, al igual que muchos, batió las alas en señal de aprobación de la acción positiva de la abeja, y todas hicieron lo mismo con sus alas hasta casi agotarse.

—Entonces —dijo Colmenita—, de ahora en adelante, cada una de nosotras cargará gotitas de agua en nuestras patitas y las dejaremos caer sobre las plantas —propuso.

Y así, en un abrir y cerrar de alas, gracias a la solidaridad de la colmena, el jardín volvió a rejuvenecer y se convirtió en un lugar muy bello.



La colmena y la conciliación



En un lugar X de la ciudad, la colmena era una sociedad organizada y juiciosa. Por mucho tiempo, en el apiario de Richi no hubo problemas de convivencia y se vivía en armonía.

La reina, por ejemplo, cada mañana pulía sus alas con miel, se maquillaba y se arreglaba las uñas, siendo la más vanidosa del mundo. Un par de abejas consortes la ayudaban.

Los zánganos, por su parte, disfrutaban de la buena vida, jugaban bolos que fabricaban con cera y, en ocasiones, ayudaban con el cuidado de las larvas.

Las abejas obreras trabajaban incansablemente recolectando néctar para alimentar a la colmena. No había jardín en la ciudad que no visitaran. Además, en la colmena había grupos de abejas encargadas de la seguridad, la limpieza y hasta la fontanería.





El sistema de seguridad social en el apiario era envidiable y el servicio de pediatría era uno de los mejores del reino animal.

Un día, esa convivencia pacífica se vio alterada porque el viejo Richi, un hombre bonachón que les había dado un lugar en su terraza, decidió que era hora de que las abejas se fueran. Tomó la decisión de manera unilateral sin consultarlas. Richi pensaba que, como dueño del lugar, podía hacer lo que quisiera.

Esto generó problemas en la colmena. Las abejas creían que Richi debió haberles avisado con tiempo sobre su decisión. Mientras tanto él insistía en que, siendo el propietario, podía decidir libremente sobre su inmueble.



Para presionar a las abejas, Richi comenzó a molestarlas con ruidos y vibraciones. Las abejas, enfurecidas, lo atacaron con sus aguijones, provocándole dolorosas picaduras en la nariz y las orejas.

Ante la situación, una libélula que revoloteaba por el lugar decidió intervenir. Quiso ayudar a ambos a resolver el conflicto de manera pacífica.

—La conciliación es una forma alternativa de solucionar conflictos —dijo la libélula—.

Consiste en que las partes dialoguen, con la ayuda de un tercero, para llegar a un acuerdo y mejorar la convivencia.

La libélula les explicó que en la conciliación se pueden resolver muchos problemas, como la restitución de un inmueble, el pago de deudas o arreglos por daños ocasionados.

En su charla con las abejas, contó que, con esfuerzo y dedicación, había logrado conciliar en asuntos como: fijación de cuota alimentaria, deudas y obligaciones de pago, conflictos en propiedad horizontal, restitución de inmuebles arrendados, disolución de sociedades conyugales y patrimoniales, custodia y visitas de hijos.



También recordó que intervino para ayudar a solucionar asuntos en temas de conflictos laborales, lesiones personales, daño en bien ajeno, injuria y calumnia (los famosos chismes), abuso de confianza y conflictos de convivencia relacionados con el uso de espacios comunes, ruido, mascotas, humedades, pandillas, seguridad, ventas ambulantes y problemas con maestros de construcción o servicios domésticos.





Tras horas de conversación, la libélula logró que Richi dejara de molestarlas con ruido y les diera tiempo para trasladarse a otro lugar. Las abejas aceptaron el acuerdo y se mudaron a una finca cercana.

En su nuevo hogar, nació Pandi, una hermosa abeja que, años después, reemplazaría a la reina en sus labores. Y así, tanto Richi como las abejas vivieron felices.

Conciliar vale la pena.



Personería
de Bogotá, D. C.